

pedazo pequeño de pan y algunos dulces, que junto con el pan, habian sido mandados á S. M. por las buenas monjas de Santa Teresita. El Emperador mandó pedir mas, pera cuando se le comunicó que no habia, dijo sonriéndose: «Pues señores, este almuerzo no cuenta; vengan ustedes á comer.» En consecuencia fuimos á comer mula asada y preparada en vinagre.

La escasez de provisiones no era la única causa de inquietud; causa mas grande eran las pependencias entre los generales Miramon y Méndez. Cada uno de ellos insistia en que el Emperador arrestase al otro, y yo me temia que el Emperador se preocupase contra Méndez, quien me parecia de mas importancia que Miramon. El primero habia traído sus mejores tropas al Emperador, mientras que Miramon nada trajo mas que su persona, despues de haber perdido todo su ejército á causa de su indiscrecion. Es bien cierto que Méndez era enteramente adicto al Emperador, hubiera por él dado toda su vida, pero me temia que en un momento repentino de cólera (á que los indios están de vez en cuando sujetos), nos abandonaria con sus tropas, que lo adoraban.

El Emperador lo fué á visitar en la tarde del 13. Cuando llegó frente á la Casa Blanca y estaba alzando la pterna sobre la silla para desmontarse, acabando nosotros de salir á su encuentro, reventó una granada precisamente arriba de su cabeza. El, lo mismo que nosotros, no podia menos de saludar al ruidoso huésped con una lijera inclinacion de cabeza, lo que causó bastante risa. En esta ocasion se encontraron chasqueadas las mujeres de los soldados, pues la granada reventó; siempre que nos alcanzaba una granada corrian á hacerse de ella con la esperanza de que no

reventaria como frecuentemente era el caso, para poderla llevar á la Cruz y obtener por ella el precio estipulado.

El dia 15 estuvo encerrado toda la mañana el Emperador con el general Castillo. El resultado de su deliberacion fué la resolucion de enviar al general Mejía con un destacamento de caballería en busca del general Márquez; pero como que Mejía se encontraba en cama y enteramente imposibilitado de montar á caballo, resolvió el Emperador mandarme á mí. Tenia que consultarse naturalmente á Miramon, y él propuso para esta espedicion al general D. Pantaleon Moret, el cual era su amigo personal.

El general Moret, era un jóven agradable, buen mozo, de pelo rubio, pero no tenia nada de soldado. Al Emperador no agradó absolutamente esta sustitucion, mas no queria contradecir á Miramon, y despues de hablar mucho sobre el negocio, se resolvió que fuéramos los dos. Sin embargo, otra nueva dificultad se-presentó. Quién habia de llevar el mando? Yo era coronel del ejército regular; Moret era solo teniente coronel con título de general. Todo el negocio molestaba muchísimo al Emperador, pero yo le aseguré que solo consideraba la importancia de la comision, y quedaria satisfecho con cualquiera arreglo, el resultado fué que se decidió que «fuésemos mano á mano» así se espresó el Emperador. Moret fué simplemente instruido para buscar al general Márquez en México ó donde estuviera, y regresar con él y sus tropas á Querétaro; pero probablemente recibió de Miramon instrucciones secretas. Se me encargó á mí oficialmente de la misma tarea, pero recibí además las instrucciones secretas [siguientes, que dictó el Emperador al doctor Basch:

«1. Tres puntos para el cuerpo diplomático.

a. Invitación á algunos de estos señores para que acompañasen á Márquez.

b. Inducir á los Juaristas á proseguir de una manera humanitaria.

c. Hacer saber que el Emperador no cedería voluntariamente si no podía entregar su comision en manos de un Congreso legal.

2. Carta al ministro Murphy....(\*)

3. Comunicar el verdadero estado de las cosas solo á Márquez y á Vidaurri, y que hacia seis dias estábamos obligados á comer carne de caballo.

4. Dar al público buenas noticias.

5. Orden al general Márquez *para que ponga toda la caballería á la disposicion del Príncipe.*

6. El Príncipe Salm exigirá al general Márquez una contestacion terminante en el término de veinticuatro horas. En el caso de que no la obtenga, *saldrá el Príncipe con toda la caballería despues de veinticuatro horas.*

7. Si se sale el Príncipe Salm con la caballería, traerá con él lo menos doscientos mil pesos, y el dinero particular del Emperador.

8. Enviará correos con tantas noticias como sea posible y les pagará á cada uno mil pesos.

9. El Príncipe Salm esparcirá la noticia en México de que todos los generales habian suplicado al Emperador abandonase á Querétaro con toda la caballería.

10. El Príncipe Salm influirá en la prensa mexicana y

1 Nota del Príncipe—Estas virgulitas aquí y en otras partes figuran en lugar de órdenes que no puedo publicar sin comprometer á algunas personas que viven todavía.

extranjera. El príncipe Salm traerá consigo á todos los redactores del Boletin de Noticias....

11. México se abandonará enteramente si hubiere tropas suficientes para libertar á Querétaro, pero no suficientes para dejar una guarnicion en México.

12. Los periódicos, tanto mexicanos como extranjeros, de los primeros desde el 20 de Febrero, y hojas sueltas de los segundos que comienzan desde el 1º de Enero.

13. El Príncipe Salm traerá consigo ya listas, medallas militares y civiles, cruces de Guadalupe, algunas condecoraciones y liston para las órdenes y medallas.

14. El Príncipe Salm arreglará con el padre Fischer ó Vidaurri, sobre fondos secretos para el pago de mensajeros secretos.

15. El Príncipe Salm traerá consigo algunas buenas obras históricas y otras, acorde con la eleccion del Baron Magnus.

16. El Príncipe Salm especialmente traerá un ejemplar del folleto del consejero de Estado Martinez y uno de los tomos que contienen los discursos y escritos del Emperador, impresos en el despacho del secretario.

17. El Príncipe Salm no olvidará preguntar al general Márquez qué noticias tiene del general Negrete.

18. El Príncipe Salm trasmitirá á Márquez ó á Vidaurri cartas confidenciales con instrucciones tocante al general O'Horan.

19. El Príncipe Salm queda autorizado para abrir negociaciones con personas del partido opuesto.....

20. El Príncipe Salm se informará con respecto al yate (embarcacion.)

Entre los papeles que se me quitaron mas tarde, y que

por consiguiente no puedo dar verbalmente, se encontraban los siguientes:

1. Autorizacion para arrestar á Márquez dado el caso en que encontrase que los rumores con respecto á su traicion tenian algun fundamento.

2. Autorizacion para arrestar al general D. Pantaleon Moret, si lo creia conveniente.

3. Carta al coronel Conde Khevenhüller en la que al mismo se le ordena siga con sus tropas europeas mis instrucciones, lo mismo que si personalmente viniesen del Emperador y sin hacer caso de ningunas otras órdenes de cualquiera otro.

4. Orden al general Olvera en la Sierra Gorda para que pusiera á mi disposicion toda su caballería.

En una palabra, se me encargaba regresase con todas las tropas, con ó sin Márquez, y socorrer á Querétaro.

Las cuatro cartas para el general Márquez eran las siguientes:

«Querétaro, Abril 16 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Mi querido general Márquez:—El Príncipe Salm Salm vá á esa capital para consultar con vd. y otras personas negocios de la mayor importancia. Por lo tanto, Nos recomendamos á vd. considere todo lo que le comunique á vd. como un traslado de Nuestros pedidos, los que ejecutará vd. de la manera que él le diga, y al mismo tiempo cuidará vd. que lo mismo se haga por las demas personas á quienes el Príncipe se dirija.

«Vuestro afectísimo,

(Firmado) MAXIMILIANO.»

«Querétaro, Cuartel General en la Cruz,  
Abril 17 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Hemos dado al Príncipe Salm las instrucciones mas estrictas, que si vd. por razones desconocidas aquí, no se encuentra inclinado á declarar en el término de veinticuatro horas, si puede vd. marchar sobre Querétaro con un número suficiente de tropas para socorrer la ciudad, volverá aquí despues de veinticuatro horas, y en este caso es Nuestro firme deseo y Hemos dado la orden espresa para ello, que toda la caballería de línea ó no de línea en México y sus suburbios ó en el camino entre México y Querétaro, será puesta á la absoluta disposicion del Principe Salm, el que acompañado por todas estas tropas y el general Moret, al instante regresará y con la brevedad posible.

«Vuestro, etc.,

(Firmado) MAXIMILIANO.»

«Querétaro, Cuartel General en la Cruz,  
Abril 16 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Mi querido general Márquez:—En el caso de que tenga que volver el Príncipe Salm solo con la caballería le entregará vd. doscientos mil pesos para que los trasmita á Nos.

«Vuestro, etc.,

(Firmado) MAXIMILIANO.»

«Querétaro, Abril 17 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Al general Márquez:—En el caso que el Príncipe Salm á su regreso aquí *no desease traer consigo al general Moret*, dara vd. á este último por orden de Nos un destino interino en México.

«Vuestro, etc.,

(Firmado) MAXIMILIANO.»

El 16 y 17 de Abril se pasaron escribiendo estas importantes autorizaciones y con otros preparativos. Los húsares se habian aumentado con voluntarios de cincuenta á cien hombres, y estos con los exploradores del Valle de México, bajo las órdenes del capitán D. Antonio Gonzalez, debian irse conmigo. Para poder llevarme consigo al valiente alsaciano Muht, lo hice pasar á los húsares. Además de mi sombra el teniente Montecon, el bizarro mayor Malburg y el teniente Bieleck debian acompañarme como ayudantes; igualmente debian ir conmigo un comerciante alemán Mr. Schwesinger, imperialista, el cual deseaba salir de Querétaro y que hasta entonces habia prestado dignos servicios á los hospitales. Tenia órdenes de estar en el cerro de las Campanas á media noche, y si todo marchase bien podriamos esperar llegar á la Sierra temprano por la mañana. Hacia una luz muy clara de luna, lo que no era muy favorable á nuestra expedicion secreta, y sin embargo por otro lado hubiera sido imposible encontrar salida por entre las fortificaciones del enemigo que nos cercaban.

Me despedí del Emperador á las nueve de la noche. Me-

dió la mano y dijo: «Salm he confiado á vd. mucho, pero me encuentro satisfecho con la conviccion de que he depositado mi confianza en buenas manos.» Estaba muy triste al abandonar al Emperador, rodeado como estaba de toda clase de peligros; pero la comision que me habia confiado, prometia salvacion, y no podia menos que hacer lo mejor para corresponder á sus deseos.

Despues de haber cenado en el café francés con los oficiales que formaban mi acompañamiento, me fuí á las once y media al cerro de las Campanas, adonde me encontré listos al rejimiento de la Emperatriz y al 4 de caballería bajo las órdenes del coronel de la Cruz, los que debian ayudarnos en nuestra empresa. De pié junto á una tienda de campaña me encontré á Miramon en compañía del general Moret, el coronel de la Cruz y el coronel D. Pedro Gonzalez. El rejimiento de la Emperatriz me debia seguir, el 4º cubrir mi flanco izquierdo. Al mismo tiempo debia avanzar infantería á derecha é izquierda por los caminos que corren de allí.

Despues de un abrazo, se fué Miramon acompañado de los coroneles, quedándome yo con Moret á quien habia ordenado el Emperador por la tarde que debia ir mano á mano conmigo. Mientras arreglábamos nuestra marcha, comuniqué mi deseo de marchar con mis tropas á la vanguardia, pero Moret me suplicó se la dejase á sus mexicanos, quienes en su mayor parte habian sido guerrilleros que conocian el terreno palmo á palmo. Como que sus razones estaban patentes, convine el seguirle con mis húsares.

Una vez pasado el rio, debiamos meter espuelas á nuestros caballos y seguir adelante sin hacer caso de lo que ocurriera tras de nosotros. En el caso de que nos separáse-

mos por algun incidente, debiamos encontrarnos en un cierto camino tras del pueblito de Santa Rosa, al pié de la Sierra Gorda. De allí nos esforzariamos á encontrar al general Olvera y obrar de acuerdo con él.

Hacia una luna hermosa cuando partimos. Dando vuelta al cerro de las Campanas llegamos al rio. Estaba muy hondo y las orillas muy escabrosas. Teniamos que pasar de uno en uno y de esta manera se perdió mucho tiempo. Mientras que cruzábamos echamos de ver cohetes de luz en el campamento enemigo que indicaban la direccion de nuestra marcha y al llegar á la orilla opuesta, oimos á nuestra derecha é izquierda descargas de infantería que nos sorprendieron, tanto mas cuanto que el enemigo siempre resguardaba ese llano solo con caballería. Parecia como si tuviera el enemigo informes de nuestro plan, y ahora creo lo que entonces no creia, que estábamos traicionados por López, á quien el Emperador confiaba cosas que no debia haber comunicado sino á las personas á quienes concierne.

En vez de avanzar al galope, fuimos despacio y así continuamos por espacio de diez minutos cuando recibimos fuego de frente y ambos flancos, en cuya ocasion me rozó la pierna una bala y á mi caballo otra en la anca. En lugar de avanzar adelante nos detuvimos: envié al mayor Malburg á preguntar lo que ocurría. Se pasó mucho tiempo antes que hubiera regresado, y cuando llegó me dijo que teniamos precisamente delante densas columnas de infantería. Lo mandé al momento á Moret con la urgente súplica de que de todos modos avanzara y que no se cuidase de cuantos cayeran, pero volvió de nuevo Malburg con la súplica del general de que fuese á su lado.

Lo encontré frente á una zanja, lo que no era un impedimento grave, pues los sesenta hombres de la vanguardia la habian pasado. Al preguntarle porque no los habia seguido, el general me contestó que masas de infantería se habian antepuesto entre él y la vanguardia y se lo habian impedido. Ciertamente á distancia de unos ochenta pasos ví infantería frente á nosotros, que nos estaba haciendo fuego. Moret me preguntó lo que debiamos hacer en estas circunstancias, y que si no seria mejor posponer la empresa.

Ví que era ya una imposibilidad absoluta el avanzar por entre las masas de infantería que ante nosotros teniamos, y lamentaba el no haberme quedado todo el tiempo al lado del general, pues de los sesenta hombres de la vanguardia cuarenta llegaron á la Sierra Gorda, segun se me informó despues. Bajo estas circunstancias no quedaba nada, mas que pensar en la retirada, pues el fuego de frente y ambos flancos habia llegado á ser mas nutrido, y al mismo tiempo se nos hacian descargas de dos baterias que estaban á nuestra derecha, pero que no habian estado allí por la tarde.

Jamás en mi vida he estado tan furioso y mortificado como en esta retirada, que se debia á la falta de resolucion del general Moret, y aun mas á la ligereza del general Miramon de haberme hecho cargar con este hombre, cuya ineptitud para semejante expedicion le era bien conocida. El general Escobar me dijo mas tarde que antes de mi llegada á la tienda de campaña, Miramon habia reprimido á Moret con bastante severidad con respecto á varios errores crasos cometidos anteriormente, y le habia rogado se portase debidamente en esta ocasion, que le proporcionaba para restablecer su reputacion militar. La negligencia de

Miramón era irremisible; pues aunque no tenía gran concepto de él, no puedo descubrir otra razón para que fuera de su deseo el evitar nuestro éxito.

No me es dado describir los sentimientos con que fui á ver al Emperador la mañana siguiente. Al entrar yo dije en voz alta, «Ya sé todo el negocio!» Traté esta vez de inducir al Emperador á que me dejase repetir la tentativa otra noche, y le aseguré que no volvería por segunda vez. Le agradó la proposición.

El 19 de Abril unos quince oficiales escribieron una carta al general Mejía, en la que dieron como opinión suya que no restaba nada que hacer más que rendirse, lo que aconsejaban se hiciera encarecidamente. A la cabeza de estos cobardes oficiales se hallaban el general Ramírez, el coronel Rubio y el comandante Adamí. Estos tres fueron arrestados el mismo día y así se les mantuvo durante todo el sitio.

El Emperador llegó á cerciorarse más y más de lo difícil de su posición, y manifestó el deseo de tenerme siempre á su lado. Ya no me dejaba ir á México y recibí sus órdenes para quedarme permanentemente en lo de adelante en el cuartel general. Creía aun que Márquez se encontraba en camino de vuelta á Querétaro, y Miramón declaró con la mayor seguridad que se podía sostener aun á Querétaro por meses. Por consiguiente en vez de mandarme á mí, me dió órdenes para que buscara alguna persona que emprendiera el ir á averiguar el paradero de Márquez.

Salir de la ciudad no era una imposibilidad para un hombre valiente y discreto, como se comprueba con el ejemplo de nuestra vanguardia.

Para esta aventura no conocía hombre más á propósito

que mi intrépido alsaciano Muth, y por lo tanto le hice la propuesta. Prometí darle dos mil pesos si transmitía al general Márquez un pedacito de papel escondido en la suela de su zapato y si me traía contestación, ó por lo menos noticias fidedignas de él. Le di veinticinco pesos para la bolsa, y salió á su peligrosísima expedición durante la noche del 20 y 21.

Entre los extranjeros en Querétaro llevados allí por el acaso de la guerra se hallaba un Mr. Wells, norte americano. En camino con un tren de carros y mulas, tuvo la desgracia de encontrar á Mejía, el que consideró por conveniente el llevarlo y á todo su avío con él á Querétaro. El señor Wells era un caballero de mucho talento y muy agradable. En vez de perder el tiempo y la paciencia, lamentándose de su destino, con verdadera versatilidad americana se acomodó á las circunstancias. Para hacerse útil, se agregó á un hospital, y prestó muy buenos servicios allí y con tan buen corazón y voluntad que el Emperador consideró debido el reconocer estos dando á Mr. Wells la condecoración de la orden de Guadalupe. Quedó estremadamente contento, republicano como era, y usó la condecoración durante todo el sitio.

El día 21 fui nombrado primer ayudante de campo del Emperador, en lugar del coronel Ormachea, el que fué pasado á la caballería no sé por qué. Era estremadamente adicto, y durante todo el combate del día 14, estuvo de rodillas rogando á Dios por la victoria.

Al otro lado del río vimos en este día colgado de un árbol á un hombre que tenía pegado al pecho un pedazo de papel en el que estaba pintado una gran B. 5, para demostrar

que el hombre que habia sido colgado era el 5º de nuestros espías que habia sido capturado.

Durante la noche del 21 al 22 de Abril, fuí despertado por Severo el camarista mexicano del Emperador, con órden de ir á ver á su amo. Lo encontré ya medio vestido, Me dijo que á una persona á quien no nombraba le acababa de informar que Miramon queria arrestarlo esa misma noche. «Aunque por un solo momento no creo esto», dijo el Emperador. «Creo conveniente tomar medidas contra cualesquier necesidad urgente».

Como que el Emperador no hizo mencion del nombre de la persona que le habia traído estos informes, no me gustó preguntar su nombre; pero supongo que fué Méndez.

Dí órdenes á los húsares de estar listos y yo vijilé toda la noche, la que se pasó sin embargo sin ningun incidente.

En la mañana del 22 de Abril, el Emperador mandó por Miramon con quien tuvo una conversacion que duró dos horas. No sé cual fué su objeto; pero cuando dí mi cuenta de por la mañana el Emperador, dijo. «Creo, Salm, que despues de todo el jóven general me es fiel.»

En la tarde vino un hombre al cuartel general, era este pariente de un clérigo de la ciudad, y vivia en la hacienda del Jacal, cuartel general del general liberal Corona, el que mandaba las líneas frente de aquellas que estaban ocupadas por Méndez. Habia escuchado una conversacion entre varios generales.

«Los generales, dijo, se rejocijaban mucho de la derrota de Márquez entre Puebla y México.»

«Eso no es verdad,» dijo el Emperador interrumpiendole; «pues Márquez nada tiene que hacer entre Puebla y México».

El hombre tambien hizo presente que los generales habian discutido la cuestion de lo que seria mejor hacer con «Maximiliano» y si se debia tomarle prisionero. Todos convinieron en que debia fusilársele; pero algunos de entre ellos espresaron el temor de que el gobierno le perdonaria y le enviaria á la costa.

«Contra eso,» dijo Corona, «tenemes aun un remedio. Puede hacérsele matar por su escolta como al presidente Comonfort.»

El 23 comí con el Emperador, pero nuestras viandas estaban tan sumamente malas que no podia menos de reirse. Le dije que el dia anterior habia comido mucho mejor con el doctor Basch cuya comida habia sido guisada por su criado húngaro.

«Ese mal sujeto!» dijo el Emperador en tono de chanza; «de quitaré á ese servicial criado.» El negocio se arregló, y nuestras comidas en lo de adelante se mejoraron.

En aquellos dias de vez en cuando solia comer en el Hotel de las Diligencias adonde por un peso se conseguia caballo ó mula asada, algunos frijoles y tortillas. Generalmente cargaba consigo un pedacito de pan el que era demasiado pequeño para poderlo compartir, pero por el cual se me envidiaba mucho. El Emperador recibia todas las mañanas algun pan de las buenas monjas del convento de Santa Teresita, y de este recibiamos un pedacito el doctor Basch, Pradillo, Blasio y yo.

El general Arellano habia estado ocupado dos dias erijiendo dos baterías en los ángulos proyectantes cerca del panteon: una cuya direccion era contra la garita de México, y la otra contra una batería que hacia unos dias habia construido el enemigo en el camino cerca del acueducto con

el objeto de atacar la Cruz igualmente por el lado de Oriente.

Mi posicion no me permitia entonces visitar la ciudad; pero por deseo del Emperador, frecuentemente veia al general Méndez el cual estaba de muy mal humor, y á quien me esforzaba en alentar. Con mas frecuencia estaba en compañía del general Castillo el coronel D. Manuel Guzman de su estado mayor, Pradillo y el padre Aguirre. A veces jugábamos una partida de whist con el doctor Basch y los comandantes Pitner y Malburg. De las seis á las siete y media de la noche con regularidad se paseaba el Emperador en la plaza de la Cruz, y el enemigo lo debe haber sabido, pues á esas horas siempre enviaba granadas á la plaza, lo que sin embargo no perturbaba en lo mas mínimo al Emperador. Mas importunado estaba por las pordioseras, especialmente las mujeres de los soldados, las que no querian irse hasta que se les diera algo, y el que se encontraba en compañía del Emperador tenia que vaciarse las bolsas. Durante uno de estos paseos gasté de esta manera veinticinco pesos.

El 24 de Abril á las siete de la mañana ensayó sus nuevas baterías el general Arellano, contra la garita de México, y evidentemente con buen éxito, pues de vez en cuando se callaba el fuego del enemigo.

El Emperador subió al interior de la cúpula de la cruz con el objeto de observar el efecto de nuestros tiros. Con él estaban en el estrecho aposento Mejía, el que de nuevo habia salido afuera por primera vez, Miramon, Arellano, López, Pradillo y yo con mi sombra Montecon; el ayudante de López, y un frances, el capitan Kuries. Las ventanas

de este estrecho aposento se hallaban medio cerradas con adobes.

Una bala de á doce penetró por una de las ventanas y dió contra la pared de enfrente, cubriéndonos á todos de polvo y cal; pero á nadie le sucedió nada. La bala cayó al suelo, y el Emperador dijo que la enviaria á Miramon como un recuerdo, y que mandaria inscribir los nombres de todos los que allí estaban presentes. Miramon, que parecia molinero, se rió mucho de mí, porque me habia puesto por primera vez un uniforme nuevo y porque me dejé en el ojo mi lente empolvado, estrañando por qué no podia ver nada.

El fuego duró hasta las diez de la mañana, cuando se paró por razones de economía.

El cuartel general de Escobedo, quien mandaba las fuerzas del enemigo, habia estado en el valle entre S. Gregorio y S. Pablo, creo que en el rancho de Jesus Maria; pero desde nuestro ataque sobre S. Gregorio; se habia trasladado á la falda sureste del cerro de la Cantera.

El 25 de Abril fué herido por una granada que le destrozó ambas piernas en la azotea de la Cruz, el coronel Leiza, caballero sumamente activo y amable que pertenecia al estado mayor de Castillo. No quiso que lo asistiera el Doctor Basch, el cual ofreció amputarle ambas piernas, sino que prefirió á un cirujano mexicano que solo le cortó una, y á consecuencia de cuya operecion murió pocos dias despues.

Este dia tuve una conversacion muy larga con el general Castillo con respecto á nuestra presente posicion, y convenimos en unir nuestros esfuerzos con el objeto de inducir al Emperador á que abandonase Querétaro.

El Emperador accedió á nuestra proposicion, mas solo



bajo la condicion de llevarse consigo todo su ejército. Siempre se hallaba perseguido del temor de que no habia hecho bastante para cubrir su honor militar: además, decia aún: «Márquez vendrá todavía.»

Esta esperanza la perdió sin embargo este dia, debido á mi valiente Muth, el cual regresó de su aventura. En el cuarto del Emperador escribí lo que me dijo éste, mas como el original se perdió, solo puedo dar la sustancia de ese documento.

Cuando al abandonar Quéretaro Muth andubo secretamente entre los nopales, repentinamente se encontró con las avanzadas del enemigo apuntándole con los fusiles. Como que la fuga era imposible, hizo señas con su pañuelo y se reputó como desertor. Echó y rajó contra todos y contra todas las cosas de Querétaro, y fué conducido al cuartel general de algun gefe, adonde se encontró con un ayudante de campo aleman, me supongo seria algun aleman-americano, del Estado Mayor de Escobedo, un capitan llamado Enking, cuyo conocimiento tuve la desgracia de hacer mas tarde, segun relataré despues en su debido lugar.

Se sabia bien en el campamento enemigo que habia sido Márquez derrotado por Porfirio Diaz el 8 ó el 9 de Abril en San Lorenzo, un lugar entre México y Puebla; que habia perdido toda su artillería y solo habia escapado con unos cuantos de los «Sombreros chiquitos» como les llamaban los mexicanos á los húsares, á consecuencia de sus sombreros húngaros; y estaba ya sitiado en México.

Igualmente nos trajo la importante noticia de la caida de Puebla, y que tres generales imperiales y cincuenta oficiales habian sido fusilados por los liberales, lo que desgraciadamente probó ser muy cierto.

Muth dijo que los liberales no intentaban de nuevo otro ataque general, pues tenian la confianza de que tomarian pronto la ciudad matando de hambre á la guarnicion.

El Emperador le preguntó qué significaba el toque de las campanas en los suburbios, y la diana en las líneas del enemigo que se habian oido dias pasados. Hizo presente que esto era causado por las buenas nuevas que en ese dia habian recibido con respecto al triunfo obtenido sobre Márquez.

Esto me hizo recordar al general Moret, el cual tuvo el descaro de mandar tocar diana en el cerro de las Campanas cuando regresó de su expedicion nocturna que fracasó por ineptitud.

Pagué á Muth cien pesos á cuenta, prometiéndole quinientos ó seiscientos mas para el 15 de Mayo, lo que no se efectuó, sienta decirlo, á causa de tristes é importantes eventos.

Las noticias traídas por Muth parecian confirmar al Emperador en su determinacion de abrirse paso con el ejército, y al general Castillo se le encargó el trabajo de que por escrito hiciese proposiciones para la ejecucion de semejante plan. Mandó buscar á Miramon y le comunicó los informes que habiamos recibido, y su determinacion á consecuencia de ellos: me dió muchas órdenes, las que cumplí con ayuda de Mr. Schwesinger, el que hablaba y escribia el español perfectamente bien, mientras que Basch tenia que escribir muchas cartas confidenciales para el Emperador.

El 26 de Abril ya estaban hechos los preparativos para abrirnos paso por entre el enemigo, lo que debia efectuar, se á la mañana siguiente á las cinco. Nadie sabia nuestra-